

HACER LA HORA¹

Ricardo Goldenberg*

Resumo: Leitura do famoso artigo dos Escritos sobre o “tempo lógico” do ponto de vista do que fazemos nos consultórios.

Palavras-chave: psicoanálisis; clínica; interpretação; ato; tempo.

Como el cuchillo sin hoja que perdió el mango, el *Tiempo Lógico*, la perla negra de la clínica lacaniana, ni es tiempo, ni es lógico. En todo caso, el mítico artículo de sesudo título “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma”² me parece, antes que nada, una sátira sobre la objetividad de que tanto se enorgullecen los adeptos del lógico-positivismo. Fue escrito para una revista de arte, en el espíritu del “método paranóico-crítico” del amigo Dalí, que le era contemporáneo.³ Se presentaba como una variante de esos problemas de lógica incluidos en el encarte de domingo de los diarios, o de revistas como *Selecciones del Reader's Digest*, para recreación y desafío intelectual durante el desayuno. O, si se prefiere algo más eminente,

como un ejemplo de la recién creada “teoría de los juegos”.⁴ El autor sugiere algunas aplicaciones para su “tiempo lógico”: la diplomacia, el bridge, el manejo psicoanalítico (“del complejo”) y los atolladeros de la psicología de las masas⁵. En todo caso, dudo mucho que su intención fuese renovar la doctrina psicoanalítica de la temporalidad. Eso vino después, confirmando retroativamente, no sin ironía, su anticipación sobre los problemas del *après-coup*⁶, en cuyo paradigma se convirtió⁷.

Si fuese el caso, no obstante, de abordarlo del punto de vista de su fama adquirida en la década de sesenta, diría que se trata del inesperado esbozo de una *teoría de la decisión* en psicoanálisis⁸. Podría también leerse como una crítica de la noción de *acto*, con su consecuente reposicionamiento del concepto de *libertad*. La ambientación del problema en una carcel con tres encarcelados y su respectivo carcelero, tomados en una situación de aires kafkianos, parece indicar esta dirección.

Sobretudo si consideramos que Sartre acabara de publicar su obra de teatro *Huis Clos*⁹, con sus tres prisioneros atormentándose entre sí por toda la eternidad, dentro de un departamento decorado a la Segundo Imperio.

Se trata sin embargo de una libertad que debe incluir el determinismo inconsciente, lo que no deja de acarrear problemas prácticos y filosóficos. Más modestamente, creo

que este artículo puede usarse como una tentativa sutilmente humorística de desobsesivizar nuestro *setting*, devolviéndonos la dirección de una práctica que se tornara quizá demasiado mecánica (agregaría: tanto en intensión como en extensión).

La elección

Freud no se amedrentó frente al contrasentido de afirmar una elección de neurosis¹⁰ después de haber postulado el riguroso determinismo inconsciente, Lacan lo sigue y no evita la noción de elección al rimar inconcienzamente con libertad, mas trata esta última en términos de *alienación*. Alienación que, en pleno reinado existencialista y con un marxismo en ascensión¹¹, es tomada no como un momento de la *Conciencia* a ser superado sino como su propia esencia problemática: nos tornamos *Conciencia* debido a la incorporación del lenguaje mismo que nos es exterior. No se trata entonces de estar fuera de mí. La alienación en cuestión significa, muy literalmente, lo contrario, *la alteridad en mí*. El anuncio paradigmático del asalto sirve para ilustrar este momento constitutivo (mítico) de sumisión completa a los términos del *Otro*¹². “La bolsa o la vida!” parece ofrecer una opción, pero *en las condiciones reales* de un asalto deja

de ser tal¹³. Hay dos alternativas apenas: una, imposible, la otra, necesaria. Esta última es la *elección obligatoria* (de lo que há de perderse)¹⁴.

La noción de elección, sin embargo, designa de modo más apropiado el paso siguiente, que Lacan denomina *separación*. Consiste paradójicamente —como en judo el uso de la fuerza del adversario contra si mismo— en profundizar la alienación primera al punto de que los significantes sirvan para representar precisamente lo que les escapa, a saber, mi irreparable presencia. *Separarme es representar mi ausencia con los elementos mismos del lenguaje que me hace otro*. Sueños en que asisto a mi propio funeral. O esconderme atrás de la escalera para ver a mi mamá buscarme. Quiero ver la falta que hago; lo que mi pérdida significa para tí.

La ocasión

La temporalidad, en la neurosis, está íntimamente ligada al problema de la elección. El síntoma neurótico, de modo general, es el resultado de la evitación de una decisión que devia ser tomada *a la hora* misma de un conflicto originado por la emergencia de un deseo inconciente que no se consigue bancar. A propósito, definir el síntoma como

“formación de compromiso” indica el fiasco de no querer perder nada: ni se desiste del deseo, ni se está dispuesto a pagar el precio de sustentarlo.

Ante el deseo se está como frente a la “Pregunta del Millón”¹⁵: no hay tiempo para reflexionar ni se puede consultar a nadie, ha de responder de improviso y aguardar el resultado. Después, tendrá una vida para arrepentirse de haberse adelantado o atrasado o de haber dado la respuesta equivocada. El póstumo *Eyes wide shut* de Stanley Kubrick ilustra ese momento, cuando el Maestro de Ceremonias interpela Tom Cruise y le demanda una contraseña que él no puede saber porque no existe. Es como la interpretación: no tenemos tiempo de reflexionar sobre lo que diremos o si diremos algo, mas sabemos que las consecuencias serán diferentes en un caso o en el otro, sin apelación. Es la *ocasión*, representada alegoricamente por una mujer que pasa por nosotros corriendo y debe ser tomada por los cabellos... mas ¡sólo los tiene en la parte delantera de su cabeza!

Agregaria que adoptar una postura relativa a lo que deseaba sin saber, no significa “he de querer lo que (inconscientemente) deseo”. Puedo decirle que no, pero no a reconocerle la existencia. En realidad, es inútil poner las cosas de esta suerte, porque (para no querer saber) ya es tarde: la presencia misma del síntoma lo prueba. Siempre

dándole vueltas a un “demasiado tarde”, que se manifiesta bajo las especies del remordimiento o del arrepentimiento, o a un “antes de tiempo”, visible como angustia.

Ya estar atrasado es connatural a la demora en decidir que provoca la represión del deseo conflictivo¹⁶. Deseo que retornará sintomáticamente parasitando la conducta. Esto es patente en la clínica de la neurosis obsesiva: enganchado al tiempo del *Otro*¹⁷, el obsesivo hesita y su incertidumbre acaba tornandole imposible cualquier decisión. Cuando lo haga (si lo hace) estará siempre errado. No es necesario recomendar, una vez más, la lectura de *El Castillo o de Hamlet*, basta prestar atención a las tribulaciones a la hora de hablar con el contestador telefónico cuando la línea está mal. -Y esa señal que no llega? -O talvez ya tocó y yo no escuché. -Hablo o no hablo? -Si lo hago antes de tiempo, mi mensaje se perderá, si espero demasiado, ya no podré hacerlo...

Descubrir que mi vida fue vivida *contra* lo que deseo inconcientemente puede no ser un descubrimiento apaciguador. Aún y sobretodo habiéndolo querido así. Descubiertas las buenas razones no siempre traen la paz. Puedo querer nunca haber sabido. Mas para eso ya es tarde. La versión lacaniana del juicio final: “¿has actuado de acuerdo al deseo que habita en tí?” merecería mejor suerte que la que los

epígonos le reservaron: fórmula de un imperativo categórico pesando sobre nosotros bajo las especies del “debes actuar de acuerdo” o de un “no cederás hasta haber realizado lo que inconcientemente deseas”. En *Los puentes de Madison*¹⁸, Meryl Streep dice no pasar un día sin preguntarse lo que habría ocurrido si hubiese abandonado su familia para vivir su gran amor. Pero su cobardía la hizo delegar en esta familia, por la cual sacrificó su deseo, la misión de corregirle el destino, dejando una carta póstuma pidiendo para ser enterrada fuera del panteón familiar, al lado de su verdadero amor (nunca realizado). Hablan del destino trágico del neurótico, pero a veces parece difícil disimularle lo patético.

Paréntesis etnográfico

—Cuando lo leo, lo entiendo. Cuando voy a explicarlo no se entiende. Es decir, no lo había entendido.

—Supongo que la dificultad está en las “mociones suspendidas”. Una vez aclaradas, el problema se disipa. Me resultó útil la sugestión de Miller de pensar en dos prisioneros con tres discos, en vez de tres con cinco¹⁹.

—Es cierto lo de las paradas, pero antes de buscarles la vuelta habría que preguntarse por qué Lacan las llama “escansiones”. Escandir es medir el verso, contarle las sílabas para conservar su razón y su rima. Es la poesía no libre.

Si escribís un endecasílabo *tenés* que ingeniártelas para poner el acento en la sexta sílaba de las once que te caben. ¿Qué tiene que ver ese modo de hacer poemas con el cálculo del acto? El tipo parece pensar en la danza de los tres presos como una escritura...

—Bueno, al llamarlo “danza” ya estás incluyendo la escritura. No te olvides que tanto la música como el baile están codificados. En un caso, la escritura ordena el sonido, en el otro, los movimientos. Te acordás de Salieri leyendo en silencio la partitura de Mozart y llorando por la belleza de lo que “oía”?²⁰ Al bolero, en Brasil, lo llaman “Dos para acá, dos para allá”.

—Octavio Paz refiere la diferencia entre prosa y verso no a la medida sino al ritmo²¹. Menos al genio que a la música propia de cada lengua. Sea como fuere, el efecto poético depende no sólo de la elección de las palabras para decirlo como del modo en que están dispuestas en el espacio. Basta cortar (¿suspender?) una oración y escribir el resto en el renglón de abajo para que todo cambie. Los poetas concretistas brasileños trabajaban casi exclusivamente la materialidad literal de las palabras y el arreglo espacial del poema sobre la página, o en otras superficies.²² Pero ahí está embutido el tiempo, si entendemos tiempo como la diacronía de la

lectura. Al cambiarse la puntuación y la disposición de los renglones el sentido es afectado retroactivamente. Eso es tiempo.

—Ok, para la poesía, pero acá hablamos del *bluff*, de convencer al tipo que tenés tres ases cuando tu mano es un par de diez, o de calcular el juego posible del adversario a partir de las cartas sobre la mesa y de sus tics. Es el tema de las huellas de Viernes, en *Robinson Crusoe*, o del pibe que ganaba todas las jugadas de “pares o nones”, en *La Carta Robada*.²³

—La presentación en sociedad de un sujeto puro efecto del juego de los significantes.

—¡Pura cepa! Eso es justamente lo que a mí no me termina de cerrar, el status de un “sujeto” tal. Este que acá piensa sobre el pensamiento de los compañeros es un tipo que calcula, no un “puro efecto” de los significantes. Sin embargo, Lacan se refiere a él como “sujeto de pura lógica”, lo que nos inclinaría a suponerlo apenas formal. Al mismo tiempo que lo distingue del sujeto de la realidad diegética, el personaje del cuento, que no duda ni entra en callejones sin salida y no precisa de escansiones suspensivas porque no necesita tomar a los otros dos en consideración puesto que su destino está decidido de antemano por el autor. O sea, tenemos por lo menos tres: el sujeto acéfalo (el

oximorónico sujeto sin sujeto) de los significantes; el que conjetura el cálculo de los otros jugadores y el que se refleja en el comportamiento de los otros dos. Aclara, inclusive, que cada uno de los tres prisioneros es el sujeto en cuestión. Ese que debe concluir por sí mismo sobre sí mismo, lo que nos llevaría a pensarlo como... real?

—Bueno, si no nos ponemos quisquillosos sobre lo que quiere decir “real” es exactamente así que Lacan lo denomina en este artículo: “el sujeto real”.

De hecho tenemos más de tres, pero me parece que se imponen algunas distinciones contextuales del *sujet lacanien* que estás pasando por alto. Mirá, en el 39 está todo mezclado: *moi, je, sujet, individu*. Es la época de la determinación social y familiar de la personalidad. En el 45 ya se trata de la relación con el semejante en el modelo de los celos y acá el *je* ya no es el *moi*. Nuestro problema, en este punto, es menos con la doctrina que con el castellano, que no nos ha servido con esta distinción natural entre lo simbólico y lo imaginario del lenguaje. Cuando empieza a distinguir diferentes registros de la experiencia humana, en los años 50, el sujeto es el sujeto que habla, y que habla a un otro sujeto. Es la relación intersubjetiva mediatizada por el lenguaje tomado como Otro (¡siempre El!). En el 61 se viene la

codefinición circular canónica de significante y de sujeto²⁴, que trae consigo embutida una (auto)crítica de la noción de intersubjetividad.

—Un minuto, antes que continúes. Estaba pensando que no se puede aislar el sujeto del par sujeto-objeto. En alemán, la traducción del *objectum* latino es o bien *Gegenstand*, o bien *Objekt*. Me interesa el *Gegenstand* porque engancha *Gegen*, resistir, con *Stand*, del latín *stans*, lo que se mantiene en su lugar. La misma palabra que usa el inglés, como en *the last stand*, “el último bastión” o “el asalto final”. El psicoanálisis siempre distinguió lo objetivo de lo objetal: el blanco del conocimiento y el del amor. Lacan no hace esta distinción porque se apropia del objeto de la filosofía que, en su enseñanza, aparece bajo las especies del *agalma*, del *objetivo* del amor y del deseo, de la *causa* del deseo, del objeto del fantasma, del amor y del goce, y, *last but not least*, del objeto parcial (que no es de Freud, como muchos creen, sino de Lacan, ya que Freud hablaba de amor parcial del objeto). Y todos más o menos descansando a la sombra del “*petitá*”.

Genéricamente, objeto es lo que se opone al sujeto, lo que le hace objeción, lo que, si me permiten, lo objeta. Y el sujeto... ¿qué es el sujeto al final? En lógica, quien afirma o niega algo. En filosofía, la substancia (el *hypokeimenon* de

Aristóteles: “aquello que está por debajo de un objeto, su esencia”), el ser individual. En la teoría del conocimiento, el “sujeto cognoscente”, el que aprende alguna cosa, el sujeto-para-un-objeto. En psicología es el yo, claro. Y en gramática, el “término sobre el cual se afirma algo, y con el cual el verbo concuerda”...

—Retomo a partir de lo que vos decís, con una cita. Esto es de 1973: “Decir que hay un sujeto no es otra cosa que decir que hay hipótesis”²⁵ Aquí se juega, me parece, con la *suposición*, es decir, con la etimología latina (*subiectum*) y griega (*hypokeimenon*) de sujeto que acabás de mencionar: lo que está debajo, el soporte de los predicados, de los atributos²⁶. Pero si esto es así, si un sujeto no supone nada porque él mismo es supuesto, ¿adonde fue a parar el agente intencional del discurso?

Quiero decir, y estoy pensando en la ambigüedad de *parole*²⁷, si el sujeto lo es de la palabra (habla), ¿quién habla? O sea, ¿quién se sirve de la palabra?

Creo que el propio Lacan fue sensible a esta cuestión y por eso a partir de los setenta abandona de a poco el sujeto *strictu senso lacaniano* e retoma el ser hablante bautizado como *parlêtre*, poniendo el acento en la retórica, hasta hacer de la ética del psicoanálisis una cuestión de “bien decir”.

Dirán: “no se trata de la intención psicológica”. Concedido, pero, si el sujeto no es más que un *efecto* o un resultado del decir, ¿quién dice bien o mal?

Volviendo a la saga del *sujet*, en 1964 comienzan a proliferar varias especies: el del inconciente, el dividido, el desaparecido (cf. la afánisis), el supuesto saber, el cartesiano, que también es el de la ciencia... ¿Todos designan el mismo referente? Sinceramente, lo dudo. Como quiera que sea, la codefinición circular comienza a ser seriamente comprometida después de la elaboración del acto analítico, cuando se propone una fórmula para el final de los análisis articulando una *destitución subjetiva* a un *des-ser*. Ni ser, ni sujeto, entonces, al término de un psicoanálisis. Pero el sujeto en cuestión comienza a ser realmente derrocado durante el seminario llamado, no por casualidad, “De un Otro al otro”, cuyo título mismo indica un Lacan decidido a tomar al pie de la letra su propia definición de significante, como siendo lo que representa el sujeto *ante un otro* significante. ¿Qué es al final ese *otro* significante?, parece preguntarse Lacan.

Un año después, sin embargo, abandona la pregunta e instala el segundo significante, plenamente instituido con el apodo de “saber”, en el lugar de la verdad del discurso del psicoanalista. El psicoanálisis consistiría en *tomar el inconciente del revés*, en poner el discurso en el que ocurren los

efectos-sujeto —llamado “discurso-del-amo”— patas para arriba. Después de eso, comienza una nueva elaboración del concepto de *letra* que desplaza el bueno y viejo significante, promovido al estrellato en 1955, cuando de la lectura del caso Schreber²⁸.

La letra, que siempre había estado allí (al menos desde el seminario sobre el cuento de Poe, en 1954), deja de ser la actriz de soporte del significante para convertirse en una diva por derecho propio, eclipsando su *partenaire*, que no se resigna por completo a abandonar el escenario. No lo hará, pero terminará sus días empobrecido y alojado de favor en la residencia del Uno. Comunidad donde conviven, desde 1970, el Ideal del Yo, el Fallo, la imagen especular, el Yo Ideal y el escurridizo moi. El nombre de la comunidad, porque se trata de una residencia francesa, es *Maison du Semblant*. No es poco afirmar, después de décadas de reinado del orden simbólico, que “el significante [es] el semblante por excelencia”. No la imagen, no el yo, sino el significante: *semblante*²⁹ por excelencia. Más tarde buscará alojamiento allí el convidado más inesperado de todos: el objeto a.

Se puede seguir paso a paso la creación de esta comunidad del (a)parecer en el seminario llamado precisamente “*De un discurso que no fuese semblante*”. El título es una pregunta: ¿qué sería un discurso que no fuese semblante (si

lo hubiese)? En mi opinión, la conclusión es que no lo hay. Todo discurso es siempre un semblante, incluyéndose el del analista. La diferencia en relación a los otros es que este sería uno que se sabe semblante y opera a partir de este saber.

En todo caso, 1971 es el año en que se tematiza el “saber del psicanalista”³⁰. El año en que Lacan declara la impotencia del Uno en acceder al Dos³¹. Después dirá lo mismo a propósito del amor: el amante jamás alcanza su amada. Se choca contra el muro del lenguaje o se pierde en “los desvarios de su propio goce”. Esto, en 1973, cuando también se dedica a estudiar el Uno por excelencia, el Padre. Y, en mi opinión, el sujeto hace mutis por el foro definitivamente en el 74, dejando en su lugar los más variados “goces”, el *parlêtre* y claro, el objeto-a...

Dicho todo esto: ¿retomamos el “tiempo lógico”?

—Retomemos.

En el cuento de Poe, donde no hay “sujetos reales”, los personajes se transforman cuando detentan la carta “desviada”. Pero eso se debe a que es una carta secreta de la reina (a propósito, mandar a la policía del reino a buscar un documento que se quiere esconder del rey no me parece la estrategia más lúcida). Ya en la historieta de la cárcel, la carta es el disco. Cada uno tiene el suyo, pero depende de los otros para saber cuál le tocó en suerte. Se dice que el

sofisma es modelo del mecanismo de identificación, basado no sólo en la imagen sino también en el símbolo³². Se dice también que es un apólogo, un cuento con moraleja (¿cuál?, ¿que nadie se salva solo?). No está claro si es un juego que pueda jugarse en un salón con algún provecho (ya lo he intentado sin suceso). Podemos hasta darle alguna motivación pecuniaria. Se le ofrece determinada cantidad de plata a tres tipos que no leyeron los Escritos, ni escucharon hablar del “tiempo lógico”: el primero que adivine y explique cómo gana el pozo. Bueno, es imposible. No hay dos que razonen exactamente igual y mucho menos al mismo tiempo. El des-tiempo de uno confunde necesariamente a los otros dos³³.

—Lo que nos lleva de vuelta a las escansiones...

El problema

Determinar el color del disco pegado en la espalda (en el mismo lugar donde escribían con tiza “pateame”, cuando estábamos en la escuela).

La situación

Una celda, tres prisioneros. Ningún espejo. Conversar no sería del interés de ninguno, puesto que sólo sería liberado el *primero* a comunicar la solución correcta, *junto con el método seguido para llegar a ella*.

Los datos

Cinco discos, siendo tres blancos y dos negros. El carcelero prende un disco blanco en la espalda de cada prisionero³⁴.

La solución

Cada uno de ellos razonará de este modo: “*Si fuese negro*, los otros dos no demorarían en descubrir su color, puesto que, *cada uno de ellos pensaría*: ‘*si fuese negro*, el otro, viendo dos negros, ya habría salido; si no lo ha hecho es porque soy blanco como ellos’” Y los tres, habiendo razonado de tal suerte, *saldrían al mismo tiempo* para comunicar la deducción al carcelero.

Esta, se nos dice, es la “solución perfecta”. Es, sin embargo, falsa. No funcionaría con tres jugadores³⁵ en campo. Suponiendo (lo que ya sería suponer demasiado) que los tres tuviesen más o menos las mismas dotes intelectuales, que ninguno tuviese motivos para joder al otro (¿quién no sabe que mucha gente sacrificaría su propio interés con tal de alcanzar al vecino detestado?) y que la ansiedad no les nuble la razón o les inhiba la acción, aún así, nadie podría salir de entrada, y cada uno estaría obligado a considerar lo que hacen (o dejan de hacer) los otros dos, para poder concluir y actuar.

Me explico.

Si el director del juego hubiese colocado dos discos negros y uno blanco, el portador de este último sabría en el acto lo que es y saldría sin demora para decirlo. Los restantes, viendo un negro y un blanco, deducirían su color de la salida instantánea del primero. Pero no sin una pequeña demora. El tiempito extra necesario para integrar a los datos que ya poseen el movimiento del blanco y deducir de eso lo que él viera.

Pero el carcelero (seguramente un sádico) puso en juego discos blancos apenas. Y nadie puede salir de una. Se quedan parados. No pasa nada. O, mejor, el acontecimiento es precisamente *el no-acontecimiento*. Como en música el silencio —que no es falta de nota, sino nota entre las notas—, la espera es significativa. Significa que nadie vió dos negros. Es el can de los Baskerville que no ladró: fue el silencio canino que dio a Sherlock Holmes la clave del enigma³⁶. ¿No se dice de alguien cuya falta fue sentida que “brilla por su ausencia”?

Y si fuesen dos, y los discos tres?

Uno negro y dos blancos.

Quien viese el negro saldría *in continenti*, en cuanto el otro aún demoraría un momento para darse cuenta del

motivo de la salida del primero. No habría juego. Punto. Concluir en el instante de la mirada es lo mismo que decir: no hay juego. Para el que se queda en la retranca es el *coitus interruptus*. Ambos deben ser blancos para que se juegue. Mas deben verificarlo —y en eso consiste el juego. El hecho mismo del suspenso *comunicaria* la ausencia del disco negro. Y ambos saldrían *juntos*, convencidos de su albura.

Sin embargo...

Sin embargo, como el tiempo necesario para llegar a tal conclusión, aunque breve, no puede ser exacto mas variable, y no puede ser calculado, la *duda* há de surgir para cada uno de ellos al ver el otro saliendo también. “¿Me habré equivocado? Concluí demasiado rápido, y este lerdo está saliendo (atrasado) por haberme visto negro.” Ante la duda, abstente. Para. Ambos paran. Y esta *detención* es decisiva, ya que, si cualquiera de los dos *fuese de hecho negro*, el otro no se habría detenido en absoluto. *Por el simple hecho de parar ambos saben* que el otro tampoco fundamenta su conclusión en el disco que ve sino en el comportamiento del compañero. Y pueden concluir, ahora sin dudas, que no hay negros en el juego. Una vacilación basta para adquirir la certidumbre.

Eso, con dos contendedores.

Pero los adversarios son tres, y los discos, cinco. Una vacilación no basta. Lacan demuestra que son necesarias e suficientes dos.

Revisitemos el problema para entenderle la estructura.

Elucidar el propio color por sí mismo, sin consultar a nadie. Parece una situación competitiva (apenas el primero a dar en el clavo sería premiado), pero las reglas configuran un juego de cooperación. Ellos no lo saben aún, pero nadie se salva solo.

La estructura habilita tres tipos diferentes de salida. *Ya mismo* (T1), *todavía no* (T2) y *ahora sí* (T3). Con la primera descartada, el problema está en como decidir entre las otras dos modalidades. O sea, una vez *excluida la visión*, ¿cómo entender el motivo del suspenso? Y aquí comienza el razonamiento sofisticado: “*Si Yo fuese negro, a y a’* deducirían, de su propia inmovilidad recíproca, que no lo son. *Yo*, en cambio, tendría que aguardar la pareja concluir para poder decidir *después* (de ellos).” Así piensan los tres, puesto que cada uno es *Yo* (y los otros, siempre *a y a’*).

Cada uno es *Yo*...

Curiosamente, de lo que se trata aquí es de la lógica de la *segregación*. El disco sobre la espalda representa el trazo identitario del sujeto. La marca de identidad en lo

que tiene de desconocida por depender de la mirada de los otros. Son ellos que detienen el secreto de lo que soy. El mecanismo a mi disposición para poder acceder a ella implica necesariamente la interacción con los demás, y me obliga al desvío de pasar por el lugar de la *excepción*. No estoy seguro, mas debo partir de la suposición de ser el único negro entre blancos. No deja de ser una encrucijada: o *no tengo* el que todos tienen, o bien tengo el que todos *no tienen*. Sólo se puede decir que el disco pasa a funcionar como un *significante* haciendo valer el que no está. Soy el excluido.

“Al menos uno” diferente de los demás. Impar. Y lo impar (*odd*) es, en general, lo raro indeseado (*the odd one out*). Tan inconspicuo como un cienpiés en el yogur.

Puedo ser la mancha en el paisaje, sí, pero mi deseo confeso es formar parte del cuadro. Quién quiere ser excepcional? Todo el mundo desea pertenecer, estar en la cofradía de los iguales; ser, en suma, invisible³⁷. Y el dato crucial para saber si lo es, volviendo al mecanismo, consiste en verificar si el otro sujeto sale en el acto o no.

T1, lo obvio

Lacan lo denomina “instante de la mirada”, pero se trata menos de temporalidad o de visión que de la posición sincrónica de *un sujeto abstracto, formal*, cuya fórmula sería:

$$\forall x / 2y \rightarrow z$$

y = negro

z = blanco

Léase: “Para todo x, si dos negros, entonces blanco”.

Esto está dado de antemano por las reglas. Se sabe que “si veo dos discos negros, el mío es blanco”. No hace falta pensar. Sin embargo, esta *evidencia psicológica* es engañadora porque no es de psicología que se trata aquí sino de lógica. No obstante los discos pintados ser cosas que se ven y se tocan, su valor se origina en las reglas. Su valor es opositivo (el blanco no es negro y viceversa) por eso pueden ser tomados como significantes.

En todo caso, una vez verificado que este montaje no existe, pasamos a la segunda etapa, que consiste en observar lo que la pareja hace. Entramos en un compás de espera, llamado “tiempo para comprender”. Ahora, sí, *precisa pensar*.

T2, la espera

Veo a considerar si a' sale o no sale.

1) Confirma que a' *no sale* ya mismo (*todavía no puedo salir*)

2) Sale de inmediato.

3) *Ahora sí*, puedo salir también.

Siempre de mi punto de vista, la misma secuencia vale para *a'* en relación a *a*. Constato la relación especular entre mis semejantes (*a* <> *a'*) y deduzco de ella mi propia posición en la serie. Si todo corre bien, *a*-*a'* han de moverse juntos como en un ballet. El compás de espera por el razonamiento del otro está impuesto por la estructura, *tampoco* es psicológico. *Comprender* es constatar que, así como yo, *ellos* también esperan³⁸. Y la cuestión será determinar cuanto esperan. O sea, una vez que sé que no pueden salir ya mismo, debo constatar si salen en *todavía no* o demoran un poco más.

Este “poco más” es todo el problema, y Lacan no deja de notarlo: “Ese tiempo [que los otros precisan para concluir] no difiere lógicamente del tiempo que [yo mismo precisé] para comprender la situación.”³⁹ Es decir, T2 y T3 son diferentes en duración pero de igual estructura, pues demandan idéntica reflexión. Sucede que estoy ya atrasado en relación a mis colegas de infortunio⁴⁰, por la simple razón de precisar conjeturar lo que ocurriría si fuese negro (ya que, si lo fuese de hecho, ellos no tendrían necesidad de imaginarlo y concluirían antes que yo). De otro modo, como no existe una división *objetiva* del tiempo, sólo me resta constatar que no salen primero. De donde mi propia urgencia en salir *después* de haberme dado cuenta de esto. Lo que nos lleva al “momento de concluir”.

T3, la prisa.

La urgencia, como la espera, tampoco es psicológica, sino lógica. La convicción de mi blancura vale mientras los otros no salen antes que yo. Si no me apresuro a tomarles la delantera, si los dejo salir primero, ya no tendré certeza. Hay un elemento intersubjetivo⁴¹ irreductible en los datos del problema que no le es exterior. Nadie me advirtió que mi comprensión de la solución debería incluir el cálculo del otro y su conclusión. Esto se impone por la situación. El montaje me obliga a entrar en campo, la abstinencia no es una opción⁴². Esta intromisión subjetiva que modifica las condiciones iniciales y el resultado del problema es inédita en lógica, que opera con un conjunto inerte de datos y reglas y una solución definitiva y final. La verdad sólo puede ser una y no es variable. *Una vez demostrada*, una premisa lógica es verdadera para siempre y, sobretodo, desde siempre. Es inaudito postular una premisa cuya verdad o falsedad dependan de un acto ser realizado o no.

En el caso de los tres detenidos, sin embargo, la premisa: “si ellos no salen antes que yo, soy blanco” sólo se verifica si salgo. Si me quedo reflexionando, si titubeo, mi certeza se pierde. La precipitación tiene por lo tanto la forma: “Si no salieron antes que yo, entonces, *¡debo salir!*” Aquí me separo de ustedes, este es mi camino. La certidumbre me obliga a dejarlos para atrás. Mi demora cancela

la premisa que sostiene la conclusión. Esta es la aserción de certidumbre anticipada de que Lacan habla. Anticipada porque sólo se confirma *ex post facto*. Mi conclusión *decide* (en el sentido etimológico de “cortar”) la situación y deshace el montaje. En resumen, si no concluyo de hecho, no podré concluir de derecho. La *prisa* está prescrita por la estructura simbólica que gobierna la relación entre los participantes.

Como dice el cantor, “quien sabe hace la hora, no espera suceder.”⁴³ Cabría agregar, sin embargo, en el punto en que estamos, “sólo (sabe) *después* de haber hecho la hora”. No antes. Su acción primera no retira la garantía de ningún lugar y debe ser hecha *at his own risk*⁴⁴.

Pieza en dos movimientos (o largo camino hasta la puerta)

Había dicho que en el caso de dos jugadores una vacilación basta para consolidarles la convicción, mas cuando son tres, dos vacilaciones son necesarias (y suficientes). Lacan las llama “mociones suspendidas” o “escansiones suspensivas”. Y agregué que el problema estaba en la falta de objetividad que permitiría calcular la diferencia de duración entre T2 y T3, ya que la detención es un dato objetivo, pero su duración es subjetiva. Para concluir con fé preciso determinar si a

y a' están saliendo en T2 o en T3. Si en T2, soy negro; si en T3, blanco. Puedo dudar dos veces de mi conclusión, no más (ni menos).

Primer movimiento: constatar que a y a' no salieron en T2 y apurarse a salir. Como *Tweedledee* y *Tweedledum* se mueven junto conmigo⁴⁵, caigo en la perplejidad. Este es el momento en que se verifica el error lógico que hace de este problema un sofisma. En efecto, si mi certidumbre dependía de la espera⁴⁶ de los mellizos, aquella se desvanece con el fin de ésta. Su gesto por lo tanto me hace titubear. Paro. Todos paramos.

Fin del primer acto.⁴⁷

Primera suspensión. Nuevo tiempo para comprender que, si hubiesen estado saliendo en T2, a le demostraria a a' que no es negro (y vice-versa) *por el simple hecho de haberse detenido*. La detención misma significaría para ellos (no aún para mí): “no eres un negro”. Deberían, en ese caso, recomenzar a andar *antes que yo*. Si la espera se prolonga, quiere decir que no basta *per se* para confirmarles la conclusión. Ellos también se basan en una hipótesis, no en lo que ven. Somos, por lo tanto, blancos. Y...

¡Acción!

Segundo movimiento: Siempre apoyado en “la expectativa” de a-a' (es decir, *alienado* en ellos), vuelvo a partir. ¡Y ellos conmigo! Las mismas razones de antes me devuelven

a mi irresolución. No obstante, algo ha cambiado. No se trata de una simple repetición de la escena anterior pues con la escansión precedente la *significación* de una nueva parada ya no es la misma. Lacan dice que ha habido un “progreso lógico”⁴⁸. En todo caso, ellos también paran cuando lo hago.

Fin del segundo acto.

Última suspensión. “Si yo fuese realmente negro (*leit motiv* de todo este sainete), ellos no se habrían detenido ya. Es decir, tampoco les bastó por si misma la primera parada. Como yo, están atentos a la *demora*.” Esta vez, sin embargo, la simple detención de los dos basta para mí. No dependo más de evaluar su duración, se ha *objetivado*. Podría decirse que me he *separado* de ellos. Y esto se verifica en que *dejo de pensar* y salgo de una vez, como se dice, sin mirar para atrás. Con certeza, gracias a la duda.

La *hipótesis* falsa (“soy negro”), más la conjetura sobre la posible reflexión de los adversarios, actualiza *al otro como tal en el plano ficcional*. O sea, el varias veces mencionado *Otro*, compañero de aquél *Sujeto* cuyas cartas credenciales fueron presentadas mediante un cuento de Poe y una novela de Defoe. En 1959, en efecto, después de comentar sobre el tigre, que borra sus huellas, y el zorro, que las hace falsas para desnortear al predador, Lacan observa

que nadie sino un hombre podría concebir la idea de dejar rastros “falsamente falsos”, a saber, vestigios indicando realmente el camino del tesoro, contando con que el perseguidor sea burlado por su propia expectativa de ser despistado. Solamente un humano incluiría en el suyo el *cálculo* del otro, no apenas lo que este ha visto. De donde se desprende que, a veces, la estrategia más inteligente es actuar como un tonto, apostando a que lo demasiado obvio no será notado⁴⁹. Cabe subrayar sin embargo que de tanto leer anuncios sobre la inexistencia del Otro o la ausencia de intersubjetividad hemos terminado por olvidar que sin este *Otro Sujeto* bien supuesto yo me vería reducido a pensar como un tigre o como un zorro⁵⁰, figura que se desprende de *El hombre neuronal*⁵¹ y otros libros de neurociencias populares, por lo demás, realmente fascinantes.

En fin...

Resta saber en qué este ensayo inspirado en la estocástica y en la teoría de los juegos se relaciona con lo que hacemos. Está lejos de ser evidente el vínculo entre este “nuevo sofisma” (a propósito, se trata de un sofisma menos porque el problema debe ser abordado a partir de una premisa

falsa para ser resuelto: “soy portador de un disco negro”, que en el sentido en que la paradoja de Zenón sobre el movimiento era un sofisma: su propia formulación hacía aparecer un problema filosófico mayor que permanecía irresoluto.⁵²⁾ y la dirección de la cura o la duración de la misma. Menos aún veo como fundamentar en él la práctica de sesiones cortas, el hábito de juntar pacientes en la sala de espera o las intervenciones intempestivas que, a título de “corte”, el folclore acumula en anécdotas que la mayoría suele referir a la clínica de los otros. Y francamente me parece grotesco jactarse de poder dispensar el reloj. Si “ningún golpe de dados abolirá jamás el azar”⁵³⁾, tampoco la quema de relojes há de libertarnos del tiempo. Al contrario, a veces es necesario que un paciente sepa que está atrasado o adelantado en relación a su hora, que no puede ser cualquiera⁵⁴⁾.

¿Pero es de tiempo que se trata aquí, o de la estrategia de conducción de los análisis? Lacan retoma su artículo de 1945 en 1952⁵⁵⁾, para elogiar la dirección de la cura del Hombre de los lobos, y en 1956⁵⁶⁾, para criticarla. En ambas ocasiones, separa los tres pasos coreográficos de los tres bailarines que los bailan y se permite aplicarlos sin más a *un* (¿sujeto?, ¿individuo?, ¿persona?, ¿paciente?, ¿analizante?) particular, el señor Sergei Pankejeff. Esta extracción del tiempo lógico del sofisma y su uso para pensar la dirección de *un* tratamiento es lo que me retuvo aquí.

Se pueden encontrar referencias explícitas al artículo en cuestión casi una vez por año, hasta el final de los tiempos de Lacan. ¡Le gustaba su texto! Las más significativas están en el seminario dedicado al yo, en 1955; en el que discurre sobre los problemas cruciales del psicoanálisis, una década más tarde, y cuando trata de la identificación, en 1962. Pero esta última sólo se entiende a la luz de la completa reescritura propuesta en 1973⁵⁷, durante una clase en la cual sugiere releer su “tiempo lógico” en términos de *lógica del fantasma* -aquella mediante la cual se empeñaba en teorizar el acto analítico desde 1967⁵⁸. Esta relectura debería comenzar tomando en cuenta la instancia del *movimiento* (una de las razones para llamar “tiempo” al sofisma de los tres), en general excluido de la lógica clásica, que opera, como ya observé, en un universo abstracto, eterno e inmóvil⁵⁹.

El psicoanalista francés es criticado con frecuencia por un cierto ahistoricismo, acreditado a su adhesión al espíritu estructuralista de la década de sesenta. En efecto, a pesar de la explícita renegación de su filiación a la banda de Levi-Strauss, Barthes y Jakobson, la diacronía no encuentra fácilmente su lugar en los matemas en que sería esperada⁶⁰. En ese sentido, creo, sería bienvenido incluir el movimiento como el aporte del texto del tiempo lógico para mejor pensar una lógica del fantasma.

Ningún lacaniano cometería la herejía de pensar la relación psicoanalítica como un juego de dos (aunque tampoco sea consensual el número de participantes virtuales convocados cuando se debate este asunto), lo que no impide que a la hora de las presentaciones clínicas o en las supervisiones retorne la concepción espontánea, intuitiva y especular de las relaciones humanas. Lo que no sería un problema, si fuese reconocido e integrado a la discusión, lo que muy raramente ocurre. Es incontestable que la charada dominical de los tres prisioneros se presta a analogía con la situación psicoanalítica, el problema es hasta donde estirla y cómo servirse de ella. Están allí los cuatro términos con los cuales Lacan “formaliza” la matriz de la subjetividad humana⁶¹, a saber, el sujeto que debe concluir por sí mismo sobre su identidad, apoyado en la relación especular que mantiene con sus semejantes, más un carcelero que dicta las reglas, al mismo tiempo figura del *Otro* del fantasma y sostén de todo el montaje. En fin, se puede inclusive sugerir que el terapeuta pasa alternativamente por todas las posiciones durante la interacción analítica.

Pero esta analogía es limitada. Quien siente la urgencia de concluir el tiempo para comprender, ocupando el lugar de sujeto y precipitando la salida de ambos, es el psicoanalista, al menos hasta el fin del análisis. Eso si identificamos

el tiempo conclusivo con el momento en que despedimos el paciente, lo que está lejos de ser el caso la mayoría de las veces. Cuando convidamos el neurótico silenciado, que espera la ratificación de la interrupción que anticipa, a que continúe, estamos produciendo un corte pero no el cierre de la sesión (y aunque lleguemos a la conclusión de la irrelevancia de lo que vino después, sirviendo apenas de contexto al prolongamiento, aún así, el acto que termina la sesión no coincide con el momento en que el analizante sale por la puerta). O, entonces, el telefonema del paciente cinco minutos después de habernos dejado, contando una ocurrencia relativa a algo que pareció sin importancia durante la sesión. ¿Acaso no es esta *llamada*⁶² que marca el fin de la sesión que hasta entonces no había concluido? ¿Quién habría podido preverlo? O, aún, aquel que nos comunica que su sesión ocurrió en la sala de espera, mientras aguardaba su hora, y nuestra intervención se limita a recoger lo producido (y tal vez a cobrar y marcar el próximo turno). Incluso en ese caso, en que la sesión ocurrió antes del encuentro con el analista, aún allí, el momento de concluir será de este último. Y al final, al término mismo del tratamiento, cuando aquel que ya desistió de la idea de “alta” nos comunica que su análisis está terminado, nuestro consentimiento u objeción (en el caso de evaluar que se trata de una resistencia⁶³) hace de la declaración de intenciones del paciente un *acto analítico*.

“El inconciente demanda tiempo para revelarse”, leemos en *Función y Campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. La cuestión es: “¿cuánto tiempo?” Punto delicado para los que entienden ser necesario reducirlo al instante de la mirada. En el problema de lógica, la segunda escansión debe servir para precipitar el sujeto en un acto, que traduce la estructura de un juicio. Se trata allí de una proposición de modo indicativo: “soy blanco” o “es eso”. Sin embargo, “el juicio que concluye el sofisma sólo puede ser portado por el sujeto que formó la aserción sobre si, y no puede ser imputado, sin reservas por ningún outro - al contrario de las relaciones del sujeto impersonal y del sujeto indefinido recíproco de los dos primeros momentos”⁶⁴. Resta saber *quién* concluye cuando se trata de la sesión psicoanalítica. ¿De quién es el acto analítico? ¿Quién es el sujeto del análisis?

¿Pero, no está mal hecha esta pregunta, cuando sabemos que el inconciente freudiano no es del paciente ni del analista sino “del análisis”⁶⁵? Y, aunque lo llamemos “psicoanalizante” -invención de Lacan para recordar que, a pesar del oxímoro, *el paciente no es pasivo-*, como no hay inconciente sin psicoanalista, y la noción de “acto *analítico*” viene a desarrollar la idea de la dirección de *un* psicoanálisis que no es *cualquiera*, y de una interpretación que “no está

abierta a todos los sentidos y no puede ser errada”⁶⁶ (em relación a la cual habría que darse el trabajo de no dejarla perderse bajo la noción más general de *corte*), el momento de concluir seguirá siendo del psicoanalista en función de tal⁶⁷.

Evocando, no muy rigurosamente, el concepto de homeomorfismo en relación a la topología de superficies, se puede decir que *el acto analítico es un corte* que, así como en el caso de la topología cambia las propiedades de una superficie, transforma el discurso de la sesión, constituyendo retroactivamente la certeza de los momentos anteriores. Es apenas en este sentido que podemos afirmar que el corte constituye la estructura de la sesión analítica. *En ningún caso se debe identificar este corte con una simple interrupción* de la sesión; del habla del otro o con la prohibición de una conducta. Concepción que además de un equívoco grosero del punto de vista teórico se ha probado catastrófica en la clínica.

Cuando el analizante describe su inibição como un “purgatorio”, la simple pregunta sobre lo que allí debe ser purgado opera un corte. Tanto en términos topológicos —el objeto de la pulsión anal es “recortado” y situado por el discurso—, cuanto en el sentido de la interrupción del círculo vicioso de su demanda. Concretamente, deja de lloriquear

sobre su fracaso constante, después de recordar, a propósito de la inhibición por la cual se trata, una respuesta de la madre a su pedido de ir a jugar a la calle con los otros chicos: “Podés ir, pero cuando vuelvas no voy a estar en casa”. No es necesario agregar que tal corte no precisa ni de *facto* ni de *jure* coincidir con el final de una sesión específica de este análisis.

Todo cuidado es poco, por lo tanto, cuando se utiliza el artículo del tiempo lógico para refrendar la práctica de *sesiones con tiempo variable*, y me parece directamente un error entender estas últimas como “sesiones cortas”. En suma, ni siempre el corte (del analista) genera un aserto (en el analizante), ni es seguro que de él proceda una certeza. Al contrario, hay intervenciones, que también pueden ser tratadas genéricamente como cortes (algunos mal hechos, ya que nada cambian en las propiedades de la superficie cortada), pero que inducen la duda, causan el enigma, promueven un *acting out* o quién sabe un *pasaje al acto*. El modelo debe, pues, usarse con cautela.

Lo más adecuado, en todo caso, sería concluir que *el acto como corte debe modificar la posición inicial del sujeto* (en el mismo sentido que dije que la premisa verdadera “soy blanco” se torna incierta si no se asume como tal en acto). Que un silencio pueda inducir este efecto es una posibilidad.

Se espera minimamente un cuestionamiento de la soberanía del locutor, que debe renunciar a la posición de narrador para reconocerse como efecto de la narrativa por él mismo presentada y desarrollada; una interpelación de su posición de agente del discurso, de forma que pueda atender a lo que su discurso produce y a la causa de esta producción.

“Cuanto menos los afectos son motivados, tanto más comprensibles parecen al sujeto: es una ley. No es una razón para que nosotros lo acompañemos en esto [...] Lo que se trata de analizar es el fantasma, pero *sin comprenderlo* - es decir, encontrando la estructura que éste revela.”⁶⁸ El voto de confianza solicitado por Freud para el inconsciente es transferido por Lacan para el significante. El psicoanalista muestra la razón⁶⁹ de (en) lo que el paciente dijo -aunque no esté demasiado seguro de lo que eso *quiere* decir- y, después, *concluye*. El interrumpido puede no entender los motivos de tal interrupción, pero no la supone inmotivada (eso se llama: “transferencia”). Más tarde comprenderá de qué se trataba, y volverá para explicárselo a su analista que, a pesar de haberse anticipado, permanece en tinieblas, retrasado en relación al sentido de su propia intervención. Es decir, la sesión continúa y concluye en otro momento y, con frecuencia, en otro lugar. El psicoanalista

deja su psicoanalizante en condiciones de darse cuenta de que ya había concluido sin saber. Quien escucha posibilita al escuchado tornarse sujeto de su acto.

Notas

* Ricardo Goldenberg nasceu em Buenos Aires em 1955. Foi aluno da *Universidad Federal de Buenos Aires* (UBA). Graduado em psicologia em 1977. De formação estruturalista precoce (foi aluno de Emilia Ferreiro e Rolando García), fez um percurso inusitado de Lacan a Freud e de volta a Lacan. Deitou em diferentes divãs desde sua adolescência, mas analistas propriamente ditos encontrou três. Foi membro da *Escuela Freudiana de BS AS* entre 1979 e 1983, ano em que emigrou para o Brasil. Mora desde então em São Paulo, onde também recebe analisandos e colegas para supervisão. É membro da *Associação Psicanalítica de Porto Alegre* (APPOA). Em 1993 expôs sua dissertação de mestrado, na faculdade de filosofia da *Universidade de São Paulo* (USP), o resultado foi um pequeno livro sobre a responsabilidade em psicanálise chamado *Ensaio sobre a moral de Freud*, (Salvador: Ágalma, 1995). Em 1999, defendeu sua tese de doutorado na PUC-SP, transformada em um livro denominado *No Círculo Cínico, ou, Caro Lacan, por que negar a psicanálise aos canalhas*

(Rio: Relume-Dumará, 2002) Um título mais recente é *Política e Psicanálise*. (Rio: Zahar, 2006). Participou de mais de una decena de coletâneas e atualmente escreve para diversas revistas especializadas, aqui e no exterior.

¹ El título original en portugués de este trabajo, “*Fazer a hora*”, evocaba una canción de protesta de los estudiantes brasileños de la década de setenta, escrita y cantada por Geraldo Vandré, *Pra não dizer que não falei de flores*. El estribillo decía: “el que sabe hace la hora, no espera acontecer”. O sea, la acción política... (que se escuche “hacerla ahora” es puramente fortuito).

² Lacan J. *Ecrits* Paris: Seuil, 1966. Acá voy a usar la versión de Tomás Segovia: *Escritos I*. Madrid: Siglo XXI 1971.

³ En 1945, para el número de *Cahiers D’art* 1940/44 que venía a llenar el vacío de dejado por la guerra, y republicado corregido, en 1966, en el compilado denominado *Écrits*.

⁴ Von Neuman y Morgenstein escribieron el libro seminal *Theory of games and economic behavior* en 1944.

⁵ Este ángulo no ha sido, que yo sepa, debidamente explorado. Escrito después de la catástrofe de la civilización occidental, durante el estupor del reciente descubrimiento de los campos de concentración y exterminio, hay aquí el germen de una propuesta para otro modo de organización

de grupos humanos que no fuese basado en la segregación y la sumisión a un jefe. Crítico, por lo tanto, de la propuesta de Freud de *Psicología de las masas y análisis del yo*. Es contemporáneo de la reseña de la experiencia con grupos de Rickman y Bion en Inglaterra, que Lacan acompañó durante algunos meses y cuyo informe está publicado bajo el título “La psiquiatría inglesa y la guerra”. La novedad del modelo de relación aquí sugerido es que si bien se convoca los participantes individualmente a jugar el juego, si lo han jugado bien, al terminar descubren haber constituido sin saber o querer una colectividad. Esto, en la teoría. En la práctica, sin embargo, la psicología de grupos de más de cinco termina siendo la de las masas. La tentativa de “carteles” (cuatro miembros más uno, o cinco más uno: nunca entendí esta diferencia), en vez de grupos de estudio de más o menos diez conducidos por un profesor, como propuesta de auto-formación en la Escuela de Psicanalistas, no ha sido más que una parodia del juego de los tres prisioneros y que yo sepa no ha eliminado los problemas de rivalidad y servidumbre como era su objetivo explícito.

⁶ Para no transformar estas notas en un tratado estoy obligado a confiar en la “cultura lacaniana” del lector de *Conjetural*.

⁷ Quien se interese por un análisis histórico apurado de esta máquina y sus ambiciones doctrinales, deberá remitirse al

libro definitivo sobre el asunto escrito por Erik Porge, *Se compter trois*. Paris: Éres, 1989. Acá me interesa interrogar sus fueros canónicos para fundamentar “la sesión del minuto” concebida como paradigma de una “clínica psicoanalítica lacaniana”.

⁸ “El autor de estas líneas intentó demostrar en la lógica de un sofisma las marcas de tiempo a través de las cuales la acción humana, en la medida en que se ordena por la acción del otro, encuentra en la escansión de sus hesitaciones la emergencia de su certeza, y en la decisión que la concluye da a la acción del otro, que ella incluirá de ahora en adelante, con su sanción en cuanto al pasado, su sentido por venir. Se demuestra allí que es la certeza anticipada por el sujeto del **tiempo para comprender** que, por la prisa que precipita el **momento de concluir**, *determina en el otro la decisión* que hace del propio movimiento del sujeto error o verdad.” (*Écrits op. cit.*, p. 287.) El itálico es mío, para hacer notar que es en el otro donde se produce la decisión. Volveremos a esto.

⁹ Sartre Jean-Paul. *Huis-Clos*, 1944. “[N]o nos contamos entre esos recientes filósofos para quienes la opresión de cuatro muros no es sino un favor más para el cogollo de la libertad humana.” (Lacan, *op. cit.* p. 22) Recuerdo, a los

distraídos, que de acá sale la famosa frase “el infierno son los otros” a la cual se puede decir que el psicoanalista responde: “no, el infierno es el yo”.

¹⁰ Neurosenwahl.

¹¹ Creo que el psicoanalista dialoga con la fuente hegeliana del concepto, tomando sus distancias tanto de Marx como de Sartre. El concepto de alienación corresponde, en Hegel, al proceso por el cual la conciencia de si se constituye fuera de si misma, al confrontarse con otra conciencia de si. En general esto se reduce a una discusión sobre el apólogo (mal) denominado “dialéctica del amo y del esclavo” (en realidad es Herrschaft und Knechtschaft o sea, “dominio y servidumbre”).

¹² Concepto polifónico, si los hay, aquí es tanto el lenguaje en su radical alteridad, como sus detentores eventuales.

¹³ Volveremos sobre estas “condiciones reales” a propósito del apólogo de los tres detenidos. Por el momento, digamos que “La bolsa o la vida!” sólo en apariencia tiene la forma lógica de una disyunción exclusiva. El signo de exclamación no está aquí apenas como indicación de lectura, forma parte del sintagma, indica que se trata de una “injunción” y si fuese retirado la lógica de la frase sería otra. En otras palabras, el signo de exclamación representa el arma apuntada contra el destinatario del imperativo.

¹⁴ Me pregunto donde queda el gesto del que desobedece lanzándose sobre su asaltante, jugándose a todo o nada. ¿Lo descalificaremos con alguna categoría psiquiátrico-psicanalítica *pret-à-porter*, o nos detendremos a pensar lo que nos enseña sobre el acto (y el coraje)?

¹⁵ Soy de la generación de Cacho Fontana y su *Odol Pregunta*. Los más jóvenes sabrán referirse a cualquiera de las decenas de shows de este tipo que hay por ahí.

¹⁶ Es el conejo de Alicia, de seguirlo terminaremos dentro de un sueño o de una pesadilla. Habrá que dejarse llevar, como Alicia.

¹⁷ En este caso, la mayúscula indica al extranjero detrás del semejante, lo extraño en lo familiar.

¹⁸ *The bridges of Madison County*. Clint Eastwood, 1995.

¹⁹ Miller J.-A. *Los usos del lapso*. Buenos Aires: Paidós, 2004. P. 203 ss.

²⁰ Milos Forman, *Amadeus*. 1984

²¹ Octavio Paz. *Signos en rotación*. Méjico: Fórcola, 1992

²² Léase Haroldo y Augusto de Campos, Décio Pignatari o Paulo Leminski.

²³ Seminarios VI y II respectivamente. Y *Escritos*.

²⁴ *Que'est-ce que le sujet? Ce qui est représenté par un signifiant auprès d'un autre signifiant. ¿Qué es el sujeto? Lo que es representado por un significante ante un otro significante.*

²⁵ Lacan J. *Encore*. Paris: Seuil, 1983, p. 130

²⁶ En realidad, y no sólo en política, se trata del sumiso, el sometido, el subordinado. Es el Sr. K (el de Kafka, no el de Freud). Eso es lo que subiectum quiere decir en latín. Lo que no deja de ser gracioso porque cuando hablamos de sujeto nos referimos al agente, no al paciente. Decimos: el “sujeto del derecho” y pensamos en el ciudadano libre; aquel que tiene las riendas, que toma las decisiones, que comanda seu destino y, a veces, cuando se trata de un jefe, de un conductor, el destino de los demás. Pero el “sujeto del derecho” no es otra cosa que lo que cae bajo el yugo de la ley: el que obedece las normas, las reglas y las leyes. El que está sometido a ellas.

²⁷ Tanto palabra, en el sentido de “el don de la palabra”, como habla.

²⁸ Seminario III.

²⁹ Sobre esto, las inestimables consideraciones de Barbara Cassin a propósito de la *doxa*, en *Jaccques Le Sophiste*. Paris: Epel, 2012 (p. 13 y ss.)

³⁰ Seminario XIX.

³¹ Cf. mi nota sobre el final (infra).

³² Lacan lo dice, sobretodo en el seminario dedicado al asunto (el número nueve).

³³ Lacan se da al trabajo de explicar que si al menos dos razonan, el tercero terminará siendo arrastrado a la solución correcta, aunque al comienzo simplemente imite a los otros sin pensar. La idea es demostrar que la primera duda es subjetiva pero la segunda, objetiva. Constituida como un signo. También afirma que el director/carcelero/observador podría adivinar el razonamiento de los tipos simplemente prestando atención a la coreografía de su ballet, lo que me hace pensar que a veces tratamos de un modo medio maniqueista la diferencia entre simbólico e imaginario.

³⁴ Este sería un dato para nosotros, espectadores. En la realidad diegética cada uno de los tres sabe que el director de la prueba prendió discos blancos en la espalda de los compañeros, pero él mismo, como diría Borges, *corre el albur de ser el único negro*.

³⁵ Porque no deja de ser un juego, aunque el premio sea la libertad del más ocurrente y aunque sólo pueda jugarse teórica, no prácticamente.

³⁶ A. Conan Doyle. *The hound of the Baskervilles*. London: Penguin, 1976.

³⁷ Habría que interrogar la voluntad de ser líder, estrella, centro de atracción, Miss Argentina, a partir de esta lógica de la exclusión. La publicidad, desde que existe, toca esta canción: el paradójal deseo de destacarse (ser al *menos uno* que es diferente, aparecer) sin por eso dejar de formar parte del todo (ser *uno más* del grupo, desaparecer). Es la paradoja del turista: quiere ir a una isla desierta, sin darse cuenta que es su presencia que hace que la isla haya dejado de estar desierta. Cuando digo que llegué tan temprano a la reunión que no había nadie, he olvidado de contarme. Es de esto que se trata aquí.

³⁸ Nótese: ellos, como yo (no lo contrario).

³⁹ Lacan *op.cit.*

⁴⁰ Como el neurótico en relación a su deseo reprimido.

⁴¹ Con lo que se puede observar que intersubjetividad y psicología no se recubren.

⁴² En *La Carta Robada*, no es lo mismo ocupar el lugar del rey tonto, de la reina traidora o del vivo del ministro, pero esto lo “decide” la carta debido al montaje (ella por si misma no vale nada).

⁴³ Cf. n. 1. La traducción más certera de “*quem sabe faz a hora, não espera acontecer*” sería “el que sabe hace el momento” (como opuesto a aprovechar el momento), pero de este modo se perdería algo importante.

⁴⁴ Lo dejo como se me ocurrió porque “bajo su responsabilidad” esconde el riesgo que la expresión inglesa sugiere acoger como propio.

⁴⁵ Mencioné a los gemelos de *Alicia en el País de las Maravillas*, pero esta escena me hace acordar más bien a Chico y Harpo, los Hermanos Marx, frente a frente con un marco de espejo vacío entre ellos imitándose los movimientos hasta finalmente darse cuenta de que son dos personas distintas.

⁴⁶ Lacan la llama “la expectativa”.

⁴⁷ Este es el momento en que el *status* de este *sujeto de pura lógica*, pero “no sin el acto”, se torna incierto (al menos para mí). No es “real” (esta sincronía es inviable en la realidad), ya dejó de ser imaginario y pretender que sea apenas simbólico lo transforma en una entidad de pura ficción. ¿Cabría tomar el apólogo de los tres prisioneros como una “experiencia de pensamiento” de Lacan, heurística en el mismo sentido en que lo era para Einstein imaginar un tren pasando por la estación a la velocidad de la luz frente a un pasajero en el andén, cuando elaboraba la teoría de la relatividad?

⁴⁸ En el texto de 1945 (Lacan *apud* Porge)

⁴⁹ La imposibilidad de ser visto como un tonto ha hecho fracasar esta estrategia en más de uno.

⁵⁰ ...Y esto habría que recordarlo cuando nos abocamos a teorizar “des-seres” y “destituciones subjetivas” en el horizonte de nuestra práctica en vista del advenimiento del Hombre Nuevo Psicoanalítico.

⁵¹ *L’homme neuronal*. Jean-Pierre Changeux.

⁵² Son las pretensiones de Lacan (op. cit.): La solución perfecta le parece “un notable sofisma, en el sentido clásico [es decir, griego] del término, o sea, un ejemplo significativo para resolver las formas de una función lógica, en el momento histórico en que su problema se expone al exámen filosófico”. Resta saber a qué problema de la inmediata pós-guerra se refiere, mas con certeza no se trataba del ejercicio del psicoanálisis freudiano. Miller (op. cit.) lo entiende de otro modo. Según él se trata de un sofisma porque el problema que se resuelve es diferente del problema originalmente planteado: el acertijo de los discos es *imposible* de ser resuelto; lo que se resuelve es un nuevo problema que consiste en el planteo original *más* los datos de los comportamientos de los jugadores.

⁵³ *Un coup de dés jamais n’abolira le hasard*. Mallarmé, 1897.

⁵⁴ Una colega que trabaja con niños psicóticos me explicaba la importancia del reloj, grande y visible sobre el escritorio, como tercero en la pareja de ella con el niño, justificando el término de la sesión no por el capricho de esta mujer sino por una instancia simbólica a la que ambos deben someterse.

⁵⁵ Notas sueltas del seminario perdido de 1952. (*Pas tout Lacan*, www.ecole-lacanienne.net/bibliotheque.php?id=10).

⁵⁶ *Écrits. Op. cit.* pp. 257 y 311.

⁵⁷ Porge *op. cit.*

⁵⁸ Lacan J. Encore. *Le Seminaire, livre XX*. Paris: Seuil. 1984. Clase del 16 de enero de 1973. Primera asociación del sofisma al concepto de objeto *a* via la división anharmónica, desplazando todo el análisis de este montaje. Hace del apuro un objeto *a*, *l'objet a-pressé* (en portugués esto se traduce igual que en francés *objeto a-pressado*, que quiere decir el objeto urgente, con prisa), pero en realidad lo que ha hecho es definir al que antes denominaba “sujeto real” como un *objeto visto* por los otros (el tiempo para comprender supone que *yo* se tome como visto por *a* [como negro], que por su parte se toma como visto por *a'* [como negro]). Es decir el objeto *a* en juego en la urgencia sería la mirada, y el proceso de subjetivación pasa necesariamente a través de la integración de esta posición objetalizada.

⁵⁹ Por cierto, un cálculo lógico puede incluir la ficción de cuerpos en movimiento, pero, además de ser una experiencia de pensamiento sobre un movimiento hipotético, el razonador está fuera del tiempo y del espacio en el momento de aplicar las reglas de razonamiento.

⁶⁰ Como el “grafo del sujeto” o el “semi-grupo de Klein de los discursos”. Para eso, cf. los seminarios VI y XVIII.

⁶¹ Me refiero al llamado “esquema lambda”.

⁶² Llamada se dice “ligación” en portugués.

⁶³ Goldenberg Ricardo, “Si hubiese terminado, continuaría” in *Sócrates*, BsAs, 1996. Republicado na revista electrónica *Psyche*, julio de 2001.

⁶⁴ Op. Cit:207. El “sujeto impersonal” de T1 y el “sujeto indefinido recíproco” de T2.

⁶⁵ Lacan J. *Os quatro conceitos fundamentais da psicanálise*. Rio: Zahar, 1983. Respectivamente, “el analista forma parte del concepto de inconsciente” y “el estatuto del inconsciente es ético, no óntico”.

⁶⁶ *Os quatro conceitos*, op. cit. p.72. J.-A. Miller sembró entre sus seguidores, hace ya algunos años, la más completa confusión al decretar, en una intervención *pour épater le bourgeois*, la muerte y el entierro de la interpretación, en

favor del “acto analítico”, concebido como una suerte de *intervención real* del analista, más allá de lo simbólico. En su concepción (después debidamente olvidada por ser insustentable, no sin ántes dejar como secuela la aspiración de superar lo simbólico mediante lo real, pensando ambos como separados o separables) “el inconsciente [identificado a lo simbólico] interpreta [solito, sin analista]”. Esta frase (sin lo que está entre corchetes, que corresponde a la lectura de Miller) fue retirada, fuera de contexto, del seminario *Los cuatro conceptos...*

⁶⁷ Luciana Salum me contó que se asustó al leer esto, después de haber escuchado mi presentación en el “V Congreso Internacional de Convergencia”, dedicado al acto analítico. Ella se refiere a un trabajo denominado “Cada uno tiene el analista que se merece”. Argumentaba allí la necesidad de pensar la ética del lado del paciente, no sólo del psicoanalista. Ella esperaba que yo concluyese que el acto analítico es del analizante. Justamente, no. Y esto no me parece contradictorio con postular su irrenunciable responsabilidad en el tratamiento en que está embarcado. Aunque no sea posible un acto analítico sin un analizante a altura de su tarea, el acto analítico en sí es necesariamente “del analista”, puesto que el analizante está en ese momento en *fading*, tomado en su propia división. Que el analista caiga como objeto y

el analizante sea el sujeto efecto de ese acto no quita que el momento conclusivo sea del analista, caso contrario estaríamos defendiendo la posibilidad de autoanalizarse. Y a pesar de lo que Didier Anzieu pensaba, ni Freud mismo habría podido realizar semejante hazaña.

⁶⁸ Seminário de 21/05/1959. Mi énfasis.

⁶⁹ Que se escuchen los ecos múltiples de esta palabra.